



UISO la autora ceder los derechos de este libro a una institución religiosa cuyos fines la conmovían particularmente por la clase de ¿diremos: desdichados? que socorre y que ella veía entonces muy cerca. Pasó su ofrecimiento a la censura eclesiástica. Hallaron que no convenía por el tema.

En el fondo y accesorios aparte, el tema viene a estar constituido por esa "chose fort naturelle, après beaucoup de mysteres" a que un autor francés alude con gracia, que Francoise Sagan describe de paso y Simone de Beauvoir minuciosamente, casi fisiológicamente, sin velarse la faz ni nada.

Es que no todas las personas de la misma época son contemporáneas y las distintas edades históricas y hasta las prehistóricas —cada una muy respetable en sí— las tenemos a la vista, giran en torno nuestro, conversan con nosotros por la calle.

Nosotros hallamos a María Carolina Geel de una extremada decencia.

Y habilísima.

Las 100 ligeras páginas de su novela se deslizan sobre la punta de los pies; hay a través de todas como un curioso silencio, algo afelpado, en sordina o penumbra, de la más singular naturaleza, bastante inexplicable.

¿Hay, sin embargo, algo más sencillo y natural que la historia?

Trátase de un muchacho que acaba de llegar a ésa que don Misael Correa llamaba "la zona tórrida de la vida", los dieciocho años. "Mi estatura había alcanzado ya un metro setenta y por aquellos días era yo extremadamente delgado. Desprendíame, como una cábala de misterios recónditos y agitaciones sombrías, del mundo de la adolescencia". El mozo habla en primera persona. No se describe. Sabemos de un modo episódico que tenía la cabellera espesa y crespa; pero nada más. Los dieciocho años predominan, entonces, como rasgo casi único; el adolescente Perces los representa y encarna, viene a ser, digamos, su símbolo.

Algunos se preguntarán qué hacen ahí, en la frase reproducida, esa cábala de misterios recónditos y agitaciones sombrías y los que continúan leyendo se interrogarán también sobre el papel de los enclíticos, contra los cuales desencadenó, años atrás, cierta campaña Raúl Silva Castro.

Esto constituye uno de los secretos fundamentales de María Carolina Geel. Los enclíticos aparentemente innecesarios la sostienen. Le sirven, no se sabe cómo, para crear cierta atmósfera, para desviar imperceptiblemente la línea demasiado clara del peligro banal y tomar senderillos inesperados. Es uno de los rasgos característicos de su estilo ése de renovar la frase y, mediante ella, el aire total de la narración, sesgándola, empujándola hacia un límite, no incorrecto, pero indeciso. Las cosas dichas claramente se aplastan; el uso un poquito equivocado de los términos, por ejemplo, *cábala*, las desquicia y prolonga, dándoles el valor de una disonancia oportuna.

Perces pinta así el caos de toda adolescencia, su mezcla de timidez y audacia, la confusión mental y sentimental en que penetra, atemorizado y furioso, lleno de inquietudes, anhelante.

No hay retrato físico. Tampoco hay problemas económicos. Perces pertenece a una familia rica y ha venido a estudiar en casa de cuatro tías pudientes que habitan una casa espaciosa, frente a un parque. Su dormitorio, casi semisubterráneo, vasto, cómodo, independiente, con unas ventanas que le dejan ver pasar por la calle piernas, zapatos, un perro que se detiene y mira, un repartidor veloz de diarios, numerosas extremidades inferiores, significativas y evocadoras, desempeña en el proceso novelesco y en la atmósfera del pequeño libro un papel casi tan considerable como las cuatro tías y los dos amigos, Ulises y Cristias que, con Malva, la prima, completan el personal de la novela y pican la curiosidad lo suficiente para que siga el lector sin relajarse la lectura.

Se ve lo que vendrá.

Las tías son cuatro; pero sólo dos actúan.

Una, de edad respetable, autoritaria, mantiene desde lejos el orden doméstico y se la siente rígida, virtuosa y medieval. La otra, tía Violeta, no. Es más joven, aunque las sienes le blanquean y su corazón todavía palpita.

De ahí viene el mal.

Hay, no obstante, cierto ritmo que une a las cuatro tías de Perces y que las armoniza con la vasta casa antigua frente a un parque. Un tanto estilazadas a lo Sonata valle-inclanésca, sin exageración, bordean la caricatura señorial, son intemporales y arcaicas, con algo de fantasmal y hierático; aparecen, desaparecen, apenas hablan, no hacen ruido; pero viven.

Esta vida de los cuatro, más el sobrino, la prima y los amigos, débese a la alternancia sabiamente mantenida del énfasis exquisito, del engolamiento, el estiramiento y el fruncimiento que amagan y hasta invaden por un lado y el realismo básico, la verdad tangible e indiscutible de la intriga, altamente verosímil y sencillísima, con escenas muy naturales y bien trabadas, como la enfermedad, la pelea a bofetadas en la calle, las insinuaciones y la posesión de tía Violeta, su engaño con Cristias, las danzas y la alegría animal de Ulises. Ningún elemento predomina o absorbe. El equilibrio se produce, acaso instintivamente, por una combinación feliz en un momento propicio de la escritora. Y entre todos forman un conjunto armonioso al que sólo le fal-

Por
Alone

ta la fuerza trágica para alcanzar la maestría.

La autora no parece interesarse por el drama. Su mundo funciona como a alguna distancia; cierta veladura que viene, probablemente, del tono narrativo, impide la explosión de las pasiones y el desgarramiento. Hay un mínimo de diálogos y mucho relatar, mucho exponer las cosas que han sucedido o están sucediendo, las cuales se diría de que están detrás de una cortina o que no las vemos sino las oímos, las adivinamos, aunque ningún detalle se nos economiza, ni los más punzantes. Es algo muy curioso y que se escurre de las manos cuando se le quiere definir.

El adolescente Perces ha sentido, como ocurre a su edad, "el invisible aguijón de los condenados a nacer"; mas no se le diría dispuesto a dejarle en las tinieblas y busca, se intranquiliza y sueña. Decir que ama sería acaso demasiado. Sea miedo a la banalidad, sea modo personal de ver el mundo, sea efecto de un ritmo oculto que se le impone, María Carolina Geel no aborda de frente en sus libros el nacimiento y desarrollo del amor, lo transfigura y aplaca, lo da por supuesto y le imprime un colorido extraño, alucinante. El

sexo actúa, seguramente, en todo el curso de la historia y constituye su "leit motif"; no podía ser de otro modo, dada la edad del personaje; pero lo hace calladamente, sin sus habituales gritos ni sus escándalos.

Hallábase el muchacho en cama, todavía convaleciente, cuando empezó el jugar con un anillo primero, en seguida con la mano de la más joven de sus tías. ¿Se atrevería, no se atrevería? La acción no ocurre tanto en el exterior ni se apoya sobre el ir y venir de las personas, como está dentro de ellas, especialmente de él. Es la indecisión, la timidez, la incertidumbre ante el hecho y ante la vida lo que constituye el núcleo de la narración. El silencio indescifrable de la tía viene a prolongar el misterio. Hasta que, de pronto, un día, una tarde en que Perces regresa a deshora, el estrecho abrazo de tía Violeta y Cristias, el amigo del alma, huéspedes no invitados de su semisubterránea habitación, le abre los ojos. Ahora se explicará aquella candidez "lindante en lo salaz" que había hallado en los ojos de Violeta. ¿Y el talento discursivo, el vuelo filosófico de su amigo que le arrebató tardes enteras? Todo paraba allí, en el aprovechamiento de su estratégica morada.

No hay tragedia, no hay drama; pero hay un tenso hilo de vida, complicada, curiosa, inquietante, que, una vez cogido en la primera